

COLECCIÓN HISPANIOLA, 43
UN POLACO EN EL VOLCÁN

© Cubierta: detalle de *La parábola de los ciegos* de Brueghel

© De los textos, José Vicente Quirante Rives

© Confluencias, 2023

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-127002-7-5

Depósito legal: AL. 2542-2023

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JOSÉ VICENTE
QUIRANTE RIVES

UN POLACO EN
EL VOLCÁN



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

A mis padres y mis hermanos

*Quien permanece en su patria y sufre la esclavitud
para así conservar la vida,
ese perderá la patria y la vida;
mas quien abandona su patria para defender la libertad
poniendo en peligro su propia vida,
ese defenderá a su patria y vivirá eternamente.*

Adam Mickiewicz

Las farolas se encienden en la calle Mazowiecka, el tranvía chirriante dobla la esquina cargado de oficinistas y un campesino ojeroso conduce su carro con las cebollas, pepinos, coles y repollos que no ha logrado vender en el mercado. Nobles venidos a menos, escritores de la nueva Polonia y estudiantes con ínfulas abarrotan el café Ziemiańska envueltos en una espesa humareda. Gustaw descorre la pesada cortina y se adentra en la cueva social, en el parnaso polaco. El gran espejo del fondo multiplica los clientes. Pregunta por los amigos a un camarero que se encoge de hombros antes de continuar su frenético baile entre las pequeñas mesas circulares. El joven se desliza entre los abrigos abultados que cuelgan de las sillas y resbala al pisar el escupitajo de un poeta que ha retado a otro a cuenta de sus principios estéticos. Los incendios se suceden en el Ziemiańska, algunos de notable intensidad, pero duran poco. Aquí se viene por el fuego, para sentirse vivo en el centro de la escena. Los encuentra agazapados en un rincón con las tazas ya vacías, tan ingenuos como él. Palmean alborozados, han llegado desde oscuros pueblos con

los bolsillos vacíos y un mismo sueño. Concurren al ambiente eléctrico de la ciudad, los polacos beben y bailan en los cabarés, pergeñan movimientos artísticos en sórdidos garitos, ríen y lloran en las salas de teatro y en los cines, como el *Sfinks*, donde vieron el *Dybbuk* de Waszyński, o el suntuoso *Napoleón* recién inaugurado. Varsovia, la París del Este. Polonia como Jano, a un lado las ideas occidentales, al otro un extenso misterio de rasgos asiáticos; una encrucijada con lo mejor de ambos mundos. El mariscal que los ha guiado en la independencia, Pilsudski, ese hombre providencial que toda nación produce, ha fallecido recientemente, y las avenidas muestran su legado. Los flamantes edificios dan consistencia a Varsovia, la estabilidad que el país anhela para no sucumbir de nuevo a la tragedia de su geografía y mantenerse erguido frente a los poderosos vecinos. Las voces del café se amontonan en una babel agotadora donde los jóvenes no se cansan, al contrario, el café afina sus sentidos, su elocuencia, su brillantez. Quieren hacer carrera en la capital. Gustaw y sus compinches se reúnen en el café *Ziemiańska*, ufanos y locuaces, sin advertir que ese mundo al que tanto les ha costado llegar está a punto de derrumbarse.

Adoraba a su madre, pero el tifus se la lleva demasiado pronto y la entierran en el cementerio judío de Bodzentyn. Su origen parece incomodarle, las pocas veces que se refiere a su familia judía puntualiza que estaba totalmente polonizada. Con apenas trece años se traslada de Kielce a Suchedniów, a la casa del molino, sin luz eléctrica. La vida con el padre se torna áspera. Se levanta para ir al instituto cuando todavía es de noche, atraviesa el bosque de alisos y empuja la verja de la estación al amanecer. Gasta lo poco que tiene en libros, en el teatro, no se pierde ni uno de los espectáculos que llegan de la capital. No fuma, no le gusta jugar a las cartas, no bebe demasiado.

Descubre que su padre se acuesta con Ewa, la sigilosa prima lejana que ha venido para ayudarles con las tareas domésticas. Gustaw oye sus gemidos, odia a su padre y mira fijamente a Ewa durante la cena para hacerle sentir su dolor. Su padre lo manda a dormir a la pequeña cabaña junto al lago. Ewa entra una noche y se mete en su cama, inicia al jovenzuelo en el sexo sin pronunciar palabra. Gustaw lucha durante meses contra su febril pubertad y los celos abrasadores.

El comunismo entonces era peligroso y atrayente. Se reúne una vez a la semana con otros estudiantes en el número 52 de la calle Sienkiewicz para leer los textos canónicos lejos de las miradas inquisidoras de la policía. Maurycy, su hermano mayor, lo invita a pasar unos días en Varsovia y los agentes descubren su escondrijo. Vacían cajones, rompen muebles, rajan el colchón, ponen el apartamento patas arriba sin encontrar la única prueba comprometedor, una copia gastada del *Manifiesto comunista* que había escondido en una edición alemana de las obras completas de Shakespeare. La veleidad comunista le dura poco más que una gripe, *entendí pronto el horror de todo aquello y se me fue tan rápido como había llegado*. En mayo de 1935 publica en la revista *Kuźnia Młodych* de Varsovia un reportaje sobre sus queridas montañas de Santa Cruz. Su padre quiere que estudie economía agrícola para ocuparse del molino y las tierras, pero él tiene otros planes. El agricultor intuye que con los libros no se come, la ruptura será dolorosa y completa.

Gustaw se marcha a Varsovia. Ewa sube en el último momento al calesín y lo besa en la boca. Así se despide de su primer amor. Alquila una habitación en la calle Panska y se gana unas monedas escribiendo cartas para cocineras, prostitutas y ladrones. Aprende a conocer a las personas por su mirada, más fiable que las palabras, que muchos emplean para engañar.

Se forma en la universidad bajo el magisterio de Ludwik Fryde, le gustaría convertirse en un crítico literario como él. Gustaw se abandona al torbellino de Varsovia, con la que tanto ha fantaseado, a su vibrante cosmopolitismo, *ni Oriente ni Occidente*, como escribió Jerzy Liebert. Se traslada a la calle Zelazna, en el barrio judío, y los fines de semana come en casa de su hermano en la calle Senatorska, donde tiene su despacho de abogado. Se convierte en un lector compulsivo de los periódicos expuestos en vitrinas frente a las redacciones. Como no tiene dinero para comprarlos se da una vuelta por los escaparates después de cenar. Tiene una ruta fija, primero la redacción de *Czas*, cerca de casa, luego *Robotnik* en la calle Warecka, después *Polski Zbrojna* en Krakowskie Przedmieście, *Gazeta Polska* en la calle Szpitalna, la ronda dura horas. Devora los libros que caen en sus manos, los libros poseen todavía un halo sagrado. Sienkiewicz no lo engancha, prefiere las novelas de Prus. En el club Parabumba se organizan encuentros literarios los miércoles, Gustaw toma notas y participa con interés, los profesores se fijan en él. Construye pacientemente un criterio para separar el

grano de la paja, *quien lee bien nunca está solo*. Se sentía tan solo en la granja de Suchedniów, en esas noches inacabables que rasgaban los ladridos enconados de los perros.